

10 de mayo de 2003

UN MAESTRO DEL CUENTO

Miguel Delibes en el recuerdo y en el presente

ESTHER TUSQUETS

El año 1960 inició sus actividades la editorial Lumen, una minúscula empresa familiar que llevaríamos mi padre, mi hermano Óscar y yo. Mi padre era médico, Óscar tenía 19 años y estudiaba arquitectura, yo tenía 23 y había terminado letras. Ninguno de los tres había pensado jamás en ser editor ni tenía la más remota idea de lo que nos traíamos entre manos. A raíz de un libro que nos propuso Ana María Matute - o mejor, su marido de entonces, Ramón Eugenio de Goicoechea, que era quien tomaba iniciativas y decisiones-, *Libro de juegos para los niños de los otros*, con fotos de Jaime Buesa, se nos ocurrió una colección, Palabra e Imagen, donde un fotógrafo y un escritor trabajarían en torno a un mismo tema. La participación del fotógrafo debía ser tan importante como la del escritor -no se trataba de ilustrar un texto-, y reivindicábamos -supongo que Óscar más que yo- que la fotografía era un arte tan de primer orden como la literatura.

Me puse en contacto con un montón de autores -casi todos aceptaron la propuesta, aunque unas se llevaron a cabo y otras no-, y entre los primeros a quienes escribí figuraba Miguel Delibes. Contestó enseguida, diciendo que en principio le gustaba la idea, y sugiriendo como tema la caza de la perdiz, la caza de la perdiz roja, que, aparte de apetecerle, tendría posibilidades de venta. El bueno de Delibes -preocupado aquellos años por la propia situación económica, pero preocupado como siempre por los demás- intentaba sin duda proteger a aquellos jovencitos inexpertos e insensatos. Aunque yo conocía las aficiones cinegéticas de Miguel, la propuesta me dejó helada, porque la caza como deporte, no como medio de subsistencia, suscita todas mis antipatías y reparos, y por más que hayamos hablado en múltiples ocasiones de ella y que lo haya vuelto a plantear en el cuestionario que acompaña estas líneas, no logro compaginarla con el amor de Delibes por la naturaleza y con su delicada y finísima sensibilidad. De todos modos, la idea fue adelante. Y a Valladolid viajamos a menudo, a veces en un traqueteante dos caballos, Óscar, Oriol Maspons, que realizaría las imágenes, y yo. (Aunque le satisfizo el resultado final, Delibes no las tenía todas consigo con las fotografías. "Tengo un poco de miedo a Oriol. Acepto que el libro no sea *sólo* para cazadores, pero que tenga en cuenta que de ningún modo debe ser *sólo* para fotógrafos... Hay fotos estupendas, pero me temo que se nos vaya un poco por el virtuosismo abstracto de las plumas de perdiz").

Fue Ángeles, su mujer, quien prometió enviarme el original. "Lo utilizamos para cualquier cosa, para envolver la merienda de los niños", dijo

"El campo es una de las pocas oportunidades que aún restan para huir", escribe Delibes en una carta

Su propuesta de publicar un libro sobre la caza de la perdiz me dejó helada, porque la caza como deporte suscita todas mis antipatías

Lo cierto es que entre Miguel, su mujer Ángeles y yo surgió instantánea la amistad. Eran muy buena gente, eran cariñosos, eran hospitalarios, eran encantadores. El ocasional pesimismo de él, su tendencia a la nostalgia, su excesiva preocupación por tantas cosas, quedaban compensados por la vitalidad, el optimismo, el buen humor de Ángeles. Parecía una de estas mujeres que, si el mundo por accidente se paraba, lo pondría de nuevo en marcha (que la muerte la parara tempranamente a ella fue un contrasentido, un despropósito). Nunca se mostraba a mis ojos tan profundo el cariño por su amada Ángeles, tan entrañable su ternura, como cuando se reía de sus obsesiones y de sus manías, se burlaba de sus miedos, banalizaba sus ansiedades. Se rió de su disgusto cuando le rechazamos un libro de dibujos ("en el fondo hubiera querido ser dibujante, es un dibujante frustrado", dijo; "¡qué gran libro os habéis perdido!", dijo él). Fue Ángeles quien prometió que me enviarían, caso de encontrarlo ("lo utilizamos para cualquier cosa, para envolver la merienda que llevan los niños al colegio"), el original escrito a mano -Delibes escribe a mano, también la casi totalidad de la correspondencia, en una letra que se ha hecho paulatinamente más enrevesada y es ahora difícil de entender- de *La caza de la perdiz roja*. Y Ángeles, excelente cocinera, tenía la generosidad de celebrar como algo especial los vulgarísimos huevos fritos con que colaborara yo al almuerzo en Sedano.

En la casa de Sedano, tan importante en la vida de los Delibes, estuve en cierta ocasión con Maspons. Paseamos por el campo, hablamos de todo lo humano y lo divino, comimos al aire libre y después, a la hora de la siesta, enzarzados en una charla ahora perezosa, viví uno de esos raros momentos de paz perfecta, de mágica plenitud, como el que experimenta el caballero de *El séptimo sello* junto a la pareja de jóvenes titiriteros a los que salvará la vida jugando al ajedrez con la muerte. Miguel debió de sentir algo similar, porque escribiría unos días después: "Como buen asténico, voy de la exaltación a la depresión muy a menudo. Y para combatir ésta, nada tan adecuado como una charla reposada, como aquella que mantuvimos -al sol, como dos lagartos- en el monte".

Para Miguel, Sedano es un refugio; el campo, una vía de escape. En respuesta a una carta mía donde debí de referirme a una reunión de progres, escribe: "Prefiero no haber oído a esos jovencitos proyectar el futuro de un mundo feliz. Esas cosas me causan unas horribles depresiones. Cada día estoy más convencido de haber nacido fuera de tiempo. Yo debí ser mi bisabuelo o algo por el estilo. De este retraso yo no tengo la culpa, pero sufro las consecuencias. En mi anhelo de evadirme de mi tiempo, me refugio en la zarzuela y cosas por el estilo... Ya sé que el ideal de nuestro tiempo es uniformar las mentalidades. El arte, por otro lado, se obstina en destruir el sentimiento. Total que uno apenas tiene escape. El campo es una de las pocas oportunidades que aún restan para huir. Pero, ¿qué ocurrirá el día que se nos llene de tractores, de motores, de humos de gasolina?"

Más adelante, cuando le propongamos un segundo libro para la colección (se titulará *Viejas historias de Castilla la Vieja*, y llevará fotografías de Ramon Masats), Delibes insistirá, nostálgico, en el amor a los campos de su tierra y en la irremediable sensación de pérdida: "Me parece de interés *inmortalizar* en un bello libro la Castilla de hoy, esa Castilla que se nos muere un poco cada día. Por una u otra razón, me temo - y no debería decir esta monstruosidad, pero decir lo contrario sería insincero- que la Castilla de la siembra a voleo, el arado romano, los gañanes con trajes de pana, la trilla con yuntas, los carros hundidos en el barro hasta los cubos, etcétera, durará ya pocos años. Es tremendo, pero cada vez que en la soledad de los páramos oigo trepidar el

motor de un tractor, se me hiela la sangre. Es el progreso. Y uno debe esforzarse porque estas pobres gentes sean redimidas. Pero ni con toda esta buena intención por delante, puedo evitar la melancolía, cuando imagino los tesos -pelados hoy- cubiertos de bosques y las hazas borradas por los tractores".

Cuarenta años más tarde de los hechos que he recordado, fui a Valladolid invitada a hablar de *Cinco horas con Mario*. Habían operado a Miguel varias veces, se sentía físicamente disminuido, no estaba, decían, del mejor humor del mundo, había dejado de escribir, pero accedió en el acto a que fuéramos a verle -mi hija Milena, yo y otros amigos- y me acogió con el cariño de siempre. Dice, y lleva razón, que sólo uno sabe cómo está por dentro, pero yo lo encontré formidable. Lúcido, rápido de mente, interesándose por todo (interesándose, como siempre, por los demás), acordándose sin problemas de cuanto surgía en la conversación, más cáustico, eso sí, manifestando sin empacho cuanto se le ocurría, acaso más tajante en sus afirmaciones. Ha alcanzado ese punto, pensé con envidia, en que uno está más allá del bien y del mal. Pero me alegró sobre todo ver que era tan querido: hijos, nietos, parientes, amigos, todos prodigándole a chorro cariño, respeto y cuidados. No creo que casi nadie pase los últimos años de su vida rodeado de tanto amor, tanto genuino amor, de tan, por otra parte, merecido amor.

Terminada para mí la aventura de Lumen, Milena había iniciado, con el apoyo mío y de Óscar, una nueva editorial, RqueR, pero ni se me había pasado por la imaginación conseguir un título de Miguel Delibes. Sin embargo, en esa última visita a Valladolid, Amparo Medina-Bocos nos sugirió la posibilidad de editar algunos de los cuentos publicados en Destino en los primeros años cincuenta -esos cuentos que él escribía, dice, porque le nacía un nuevo hijo cada año y no llegaba el dinero hasta final de mes-, que ella había reunido. Miguel no quería que se incluyera ninguno que hubiera sido ya publicado, más o menos modificado, en otro libro (muchos estaban en el origen de *Viejas historias de Castilla la Vieja*), pero nos propuso "tres historias auténticas", tres historias de pájaros, que le gustaban y que, al haber sido editadas tiempo atrás en una colección infantil, habían pasado inadvertidas para la mayor parte de sus lectores habituales. Así nació *Tres pájaros de cuenta y tres cuentos olvidados*.

Para mí, editar en esta primera etapa de RqueR un libro de Miguel Delibes, tan ligado a los inicios de Lumen y a mis primeros recuerdos de editora, tan admirado por mí como escritor y tan querido como amigo, tiene un valor simbólico y ha sido una satisfacción inmensa, más inmensa seguramente por lo inesperada. Creo que Miguel, al darnos este libro, ha perpetrado un acto de generosidad y sobre todo un acto de amor, como tal lo acepto, y con todo el amor del mundo hemos llevado a cabo la edición. Terminó con las palabras de una carta reciente de Miguel: "A mí me encanta y rejuvenece volver contigo y con tu hija al alcanzar la última curva del camino, que diría Baroja. A ver si el librito queda bien, pues, salvo un milagro, no tendrá otros detrás".